

Antonio Pereira

Nueva York, 6 de septiembre de 1999

Admirado escritor:

No quiero que acabe este verano sin agradecerle el envío y dedicatoria de "Relatos sin fronteras" que recibí en el verano del fatigoso 1998 (fatigoso literariamente por culpa del "98").

Es un libro donde cada cuento que uno lee se graba en el recuerdo con serena admiración y con gusto: con cariño. Las notas sobresalientes de todos sus relatos me parecen constantemente relacionadas con los efectos que, como lector, le indico. Todas podrían resumirse en esta: elegancia (en el sentido puramente humano, no -claro- en el de comportamiento en sociedad). Elegancia, medida, gracia natural dominio artístico no exhibido sino emanado. Y una calidad humana que hace deseable conocer en persona al autor de esos cuentos de tan madura fineza, para confirmar en el trato lo leído. Uno de los aspectos que más me fascinan, en cuanto a motivos o situaciones, es la honda delicadeza con que sabe usted hacer sentir la atracción a la mujer y la atracción de la mujer ("Palabras para una rusa", "Así empezó Lourido", "Las cordobesas", "El oculista" o, fuera de esta colección, el incomparable "Síndrome de Estocolmo", una gema de apariencia modesta).

¿Cómo disculparme de no haber respondido antes y oportunamente a "Cuentos para lectores cómplices", "El síndrome de Estocolmo", "Picassos en el desván", "Las ciudades de Poniente" y el estudio de Carmen Busmayor acerca de su persona y su obra? No tiene otra explicación que una mezcla de timidez y de negligencia en mi vida de relación, lo que no impide una capacidad de atención a la poesía, y de admiración hacia ella, que, aunque tarde, quiero expresarle aquí con toda verdad y en el más alto -en el más hondo- grado de estimación de su arte.

Y el deseo de conocerle.

*Y un abrazo de Gonzalo Sobejano*